

*Cuaderno 97
junio*

Ariel

(FRAGMENTO)

Hablemos, pues, de cómo consideréis la vida que os espera.

La divergencia de las vocaciones personales imprimirá diversos sentidos a vuestra actividad, y hará predominar una disposición, una aptitud determinada, en el espíritu de cada uno de vosotros. — Los unos seréis hombres de ciencia; los otros seréis hombres de arte; los otros seréis hombres de acción. — Pero por encima de los afectos que hayan de vincularos individualmente a distintas aplicaciones y distintos modos de la vida, debe velar, en lo íntimo de vuestra alma, la conciencia de la unidad fundamental de nuestra naturaleza, que exige que cada individuo humano sea, ante todo y sobre toda otra cosa, un ejemplar no mutilado de la humanidad, en el que ninguna noble facultad del espíritu que-

de obliterada y ningún alto interés de todos pierda su virtud comunicativa. Antes que las modificaciones de profesión y de cultura está el cumplimiento del destino común de los seres racionales. "Hay una profesión universal, que es la de *hombre*", ha dicho admirablemente Guyau. Y Renán, recordando, a propósito de las civilizaciones desequilibradas y parciales, que el fin de la criatura humana no puede ser exclusivamente saber, ni sentir, ni imaginar, sino ser real y enteramente *humana*, define el ideal de perfección a que ella debe encaminar sus energías como la posibilidad de ofrecer en un tipo individual un cuadro abreviado de la especie.

Aspirad, pues, a desarrollar en lo posible, no un solo aspecto, sino la plenitud de vuestro sér. No os encojáis de hombres delante de ninguna noble y fecunda manifestación de la naturaleza humana, a pretexto de que vuestra organización individual os liga con preferencia a manifestaciones diferentes. Sed espectadores atentos allí donde no podáis ser actores. Cuando cierto falsísimo y vulgarizado concepto de la educación, que la ima-

gina subordinada exclusivamente al fin utilitario, se empeña en mutilar, por medio de ese utilitarismo y de una especialización prematura, la integridad natural de los espíritus, y anhela proscribir de la enseñanza todo elemento desinteresado e ideal, no repara suficientemente en el peligro de preparar para el porvenir espíritus estrechos, que, incapaces de considerar más que el único aspecto de la realidad con que estén inmediatamente en contacto, vivirán separados por helados desiertos de los espíritus que, dentro de la misma sociedad, se hayan adherido a otras manifestaciones de la vida.

Lo necesario de la consagración particular de cada uno de nosotros a una actividad determinada, a un solo modo de cultura, no excluye, ciertamente, la tendencia a realizar, por la íntima armonía del espíritu, el destino común de los seres racionales. Esa actividad, esa cultura, serán sólo la nota fundamental de la armonía. El verso célebre en que el esclavo de la escena antigua afirmó que, pues era hombre, no le era ajeno nada de lo humano, forma parte de los gritos que,

por su sentido inagotable, resonarán eternamente en la conciencia de la humanidad. Nuestra capacidad de comprender sólo debe tener por límite la imposibilidad de comprender a los espíritus estrechos. Ser incapaz de ver de la Naturaleza más que una faz; de las ideas e intereses humanos más que unos sólo, equivale a vivir envuelto en una sombra de sueño horadada por un solo rayo de luz. La intolerancia, el exclusivismo que cuando nacen de la tiránica absorción de un alto entusiasmo, del desborde de un desinteresado propósito ideal pueden merecer justificación, y aun simpatía, se convierten en la más abominable de las inferioridades cuando, en el círculo de la vida vulgar, manifiestan la limitación de un cerebro incapacitado para reflejar más que una parcial apariencia de las cosas.

Por desdicha, es en los tiempos y en las civilizaciones que han alcanzado una completa y refinada cultura donde el peligro de esa limitación de los espíritus tiene una importancia más real y conduce a resultados más temibles. Quiere, en efecto, la ley de evolución, manifestándose en la sociedad como en la naturale-

za por una creciente tendencia a la heterogeneidad, que, a medida que la cultura general de las sociedades avanza, se limite correlativamente la extensión de las aptitudes individuales y haya de ceñirse el campo de acción de cada uno a una especialidad más restringida. Sin dejar de constituir una condición necesaria de progreso, ese desenvolvimiento del espíritu de especialización trae consigo desventajas visibles que no se limitan a estrechar el horizonte de cada inteligencia, falseando necesariamente su concepto del mundo, sino que alcanzan y perjudican, por la dispersión de las afeciones y los hábitos individuales, al sentimiento de la solidaridad. Augusto Comte ha señalado bien este peligro de las civilizaciones avanzadas. Un alto estado de perfeccionamiento social tiene para él un grave inconveniente en la facilidad con que suscita la aparición de espíritus deformados y estrechos; de espíritus "muy capaces bajo un aspecto único y monstruosamente ineptos bajo todos los otros". El empequeñecimiento de un cerebro humano por el comercio continuo de un solo género de ideas, por

el ejercicio indefinido de un solo modo de actividad, es para Comte un resultado comparable a la mísera suerte del obrero a quien la división del trabajo de taller obliga a consumir en la invariable operación de un detalle mecánico todas las energías de su vida. En uno y otro caso, el efecto moral es inspirar una desastrosa indiferencia por el aspecto general de los intereses de la humanidad. Y aunque esta especie de automatismo humano—agrega el pensador positivista—no constituye felizmente sino la extrema influencia dispersiva del principio de especialización, su realidad ya muy frecuente, exige que se atribuya a su apreciación una verdadera importancia.

No menos que a la solidez, dan esa influencia dispersiva a la *estética* de la estructura social. La belleza incomparable de Atenas, lo imperecedero del modelo legado por sus manos de diosa a la admiración y el encanto de la humanidad, nacen de que aquella ciudad de prodigios fundó su concepción de la vida en el concierto de todas las facultades humanas, en la libre y acordada expansión de todas las energías capaces de

contribuir a la gloria y al poder de los hombres. Atenas supo engrandecer a la vez el sentido de lo ideal y el de lo real, la razón y el instinto, las fuerzas del espíritu y las del cuerpo. Cinceló las cuatro faces del alma. Cada ateniense libre describe en derredor de sí, para contener su acción, un círculo perfecto, en el que ningún desordenado impulso quebrantará la graciosa proporción de la línea. Es atleta y escultura viviente en el gimnasio, ciudadano en el Pnix, polemista y pensador en los pórticos. Ejercita su voluntad en toda suerte de acción viril y su pensamiento en toda preocupación fecunda. Por eso afirma Macaulay que un día de la vida pública del Atica es más brillante programa de enseñanza que los que hoy calculamos para nuestros modernos centros de instrucción. — Y de aquel libre y único florecimiento de la plenitud de nuestra naturaleza, surgió el *milagro griego*, — una inimitable y encantadora mezcla de animación y de serenidad, una primavera del espíritu humano, una sonrisa de la historia.

En nuestros tiempos, la creciente complejidad de nuestra civilización privaría

de toda seriedad al pensamiento de restaurar esa armonía, sólo posible entre los elementos de una graciosa sencillez. Pero dentro de la misma complejidad de nuestra cultura; dentro de la diferenciación progresiva de caracteres, de aptitudes, de méritos, que es la ineludible consecuencia del progreso en el desenvolvimiento social, cabe salvar una razonable participación de todos en ciertas ideas y sentimientos fundamentales que mantengan la unidad y el concierto de la vida, en ciertos *intereses del alma*, ante los cuales la dignidad del ser racional no consiente la indiferencia de ninguno de nosotros.

Cuando el sentido de la utilidad material y el bienestar, domina en el carácter de las sociedades humanas con la energía que tiene en lo presente, los resultados del espíritu estrecho y la cultura unilateral son particularmente funestos a la difusión de aquellas preocupaciones puramente ideales que, siendo objeto de amor para quienes les consagran las energías más nobles y perseverantes de su vida, se convierten en una remota, y quizá no sospechada región

para una inmensa parte de los otros. Todo género de meditación desinteresada, de contemplación ideal, de tregua íntima, en la que los diarios afanes para la utilidad cedan transitoriamente su imperio a una mirada noble y serena tendida de lo alto de la razón sobre las cosas, permanece ignorado, en el estado actual de las sociedades humanas, para millones de almas civilizadas y cultas, a quienes la influencia de la educación o la costumbre reduce al automatismo de una actividad, en definitiva, material.—Y bien: este género de servidumbre debe considerarse la más triste y oprobiosa de todas las condenaciones morales. Yo os ruego que os defendáis, en la milicia de la vida, contra la mutilación de vuestro espíritu por la tiranía de un objetivo único e interesado. No entreguéis nunca a la utilidad o la pasión, sino una parte de vosotros. Aun dentro de la esclavitud material, hay la posibilidad de salvar la libertad interior: la de la razón y el sentimiento. No tratéis, pues, de justificar, por la absorción del trabajo o el combate, la esclavitud de vuestro espíritu.

Encuentro el símbolo de lo que debe ser nuestra alma en un cuento que evoco de un empolvado rincón de mi memoria. Era un rey patriarcal, en el Oriente indeterminado e ingenuo donde gusta hacer nido la alegre bandada de los cuentos. Vivía su reino la candorosa infancia de las tiendas de Ismael y los palacios de Pilos. La tradición le llamó después, en la memoria de los hombres, el rey hospitalario. Inmensa era la piedad del rey. A desvanecerse en ella tendía, como por su propio peso, toda desventura. A su hospitalidad acudían lo mismo por blanco pan el miserable, que el alma desolada por el bálsamo de la palabra que acaricia. Su corazón reflejaba, como sensible placa sonora, el ritmo de los otros. Su palacio era la casa del pueblo. Todo era libertad y animación dentro de este augusto recinto, cuya entrada nunca hubo guardas que vedasen. En los abiertos pórticos, formaban corro los pastores cuando consagraban a rústicos conciertos sus ocios; platicaban al caer la tarde los ancianos; y frescos grupos de mujeres disponían, sobre trenzados juncos, las flores y los raci-

mos de que se componía únicamente el diezmo real. Mercaderes de Ofir, buhoneros de Damasco, cruzaban a toda hora las puertas anchurosas, y ostentaban en competencia ante las miradas del rey, las telas, las joyas, los perfumes. Junto a su trono reposaban los abrumados peregrinos. Los pájaros se citaban al medio día para recoger las migajas de su mesa; y con el alba, los niños llegaban en bandadas bulliciosas al pie del lecho en que dormía el rey de barba de plata y le anunciaban la presencia del sol. Lo mismo a los seres sin ventura que a las cosas sin alma alcanzaba su liberalidad infinita. La naturaleza sentía también la atracción de su llamado generoso; vientos, aves y plantas parecían buscar,—como en el mito de Orfeo y en la leyenda de San Francisco de Asís,—la amistad humana en aquel oasis de hospitalidad. Del germen caído al acaso, brotaban y florecían, en las junturas de los pavimentos y los muros, los alhelíes de las ruinas, sin que una mano cruel los arrancase ni los hollara un pie maligno. Por las francas ventanas se tendían al interior de las

cámaras del rey las enredaderas osadas y curiosas. Los fatigados vientos abandonaban largamente sobre el alcázar real su carga de aromas y armonías. Empinándose desde el vecino mar, como si quisieran ceñirle en un abrazo, le salpicaban las olas con su espuma. Y una libertad paradisial, una inmensa reciprocidad de confianzas, mantenían por dondequiera la animación de una fiesta inextinguible...

Pero dentro, muy dentro; aislada del alcázar ruidoso por cubiertos canales; oculta a la mirada vulgar—como la “perdida iglesia” de Uhlan en lo esquivo del bosque—al cabo de ignorados senderos, una misteriosa sala se extendía, en la que a nadie era lícito poner la planta, sino al mismo rey, cuya hospitalidad se trocaba en sus umbrales en la apariencia de ascético egoísmo. Espesos muros la rodeaban. Ni un eco del bullicio exterior; ni una nota escapada al concierto de la Naturaleza, ni una palabra desprendida de labios de los hombres, lograban traspasar el espesor de los sillares de pórfido y conmover una onda del aire en la prohibida estan-

cia. Religioso silencio velaba en ella la castidad del aire dormido. La luz, que tamizaban esmaltadas vidrieras, llegaba lánguida, medido el paso por una inalterable igualdad, y se diluía como copo de nieve que invade un nido tibio, en la calma de un ambiente celeste. Nunca reinó tan honda paz; ni en oceánica gruta, ni en soledad nemorosa. Alguna vez, — cuando la noche era diáfana y tranquila, — abriéndose a modo de dos valvas de nácar la artesonada techumbre, dejaba cernirse en su lugar la magnificencia de las sombras serenas. En el ambiente flotaba como una onda indisipable la casta esencia del nenúfar, el perfume sugeridor del adormecimiento penseroso y de la contemplación del propio ser. Graves cariátides custodiaban las puertas de marfil en la actitud del silenciario. En los testereros, esculpidas imágenes hablaban de idealidad, de ensimismamiento, de reposo... — Y el viejo rey aseguraba que, aun cuando a nadie fuera dado acompañarle hasta allí, su hospitalidad seguía siendo en el misterioso seguro tan generosa y grande como siempre, sólo que los que él con-

gregaba dentro de sus muros discretos eran convidados impalpables y huéspedes sutiles. En él soñaba, en él se libertaba de la realidad el rey legendario; en él sus miradas se volvían a lo interior y se bruñían en la meditación sus pensamientos como las guijas lavadas por la espuma; en él se desplegaron sobre su noble frente las blancas alas de Psiquis... Y luego, cuando la muerte vino a recordarle que él no había sido sino un huésped más en su palacio, la impenetrable estancia quedó clausurada y muda para siempre; para siempre abismada en su reposo infinito; nadie la profanó jamás, porque nadie hubiera osado poner la planta irreverente allí donde el viejo rey quiso estar solo con sus sueños y aislado en la última Thulé de su alma.

Yo doy al cuento el escenario de vuestro reino interior. Abierto con una saludable liberalidad, como la casa del monarca confiado, a todas las corrientes del mundo, exista en él, al mismo tiempo, la celda escondida y misteriosa que desconozcan los huéspedes profanos y que a nadie más que a la razón serena pertenezca. Sólo cuando penetréis dentro

del inviolable seguro podréis llamaros en realidad, hombres libres. No lo son quienes, enajenando insensatamente el dominio de sí a favor de la desordenada pasión o el interés utilitario, olvidan que, según el sabio precepto de Montaigne, nuestro espíritu puede ser objeto de préstamo, pero no de sesión.—Pensar, soñar, admirar: he ahí los nombres de los sutiles visitantes de mi celda. Los antiguos los clasificaban dentro de su noble inteligencia del *ocio*, que ellos tenían por el más elevado empleo de una existencia verdaderamente racional, identificándolo con la libertad del pensamiento emancipado de todo innoble yugo. El ocio noble era la inversión del tiempo que oponían, como expresión de la vida superior, a la actividad económica. Vinculando exclusivamente a esa alta y aristocrática idea del reposo su concepción de la dignidad de la vida, el espíritu clásico encuentra su corrección y su complemento en nuestra moderna creencia en la dignidad del trabajo útil; y ambas atenciones del alma pueden componer, en la existencia individual, un ritmo, sobre cuyo mantenimiento necesario

nunca será inoportuno insistir. La escuela estoica, que iluminó el ocaso de la antigüedad como por un anticipado resplandor del cristianismo, nos ha legado una sencilla y conmovedora imagen de la salvación de la libertad interior, aun en medio de los rigores de la servidumbre, en la hermosa figura de Cleanto; de aquel Cleanto que, obligado a emplear la fuerza de sus brazos de atleta en sumergir el cubo de una fuente y mover la piedra de un molino, concedía a la meditación las treguas del quehacer miserable y trazaba, con encallecida mano, sobre las piedras del camino, las máximas oídas de labios de Zenón. Toda educación racional, todo perfecto cultivo de nuestra naturaleza, tomarán por punto de partida la posibilidad de estimular en cada uno de nosotros, la doble actividad que simboliza Cleanto.

JOSE ENRIQUE RODÓ

“El que llamándose muy avanzado se imagina que nadie sabe más que él y se niega a examinar las opiniones de los demás, no es libre pensador, sino esclavo de sus ilusiones y de su pasión.”

El mismo problema para después de esta guerra

EL "NON-AGIR"

TOLSTOY Y EL "AGIR"

¿No comprenderéis que la causa de ésta y de todas las guerras, radica en ese afán de imponer a los demás lo que se produce o de apropiarse lo que otros producen? ¿Qué les dijo Napoleón a sus soldados en vísperas de las campañas de Italia? "Compañeros, estáis mal alimentados, el gobierno os adeuda mucho y no tiene con qué pagaros. Vuestra paciencia y vuestro coraje os honran, pero no os procuran gloria ni provecho. Allí—señalando las tierras de Italia—allí hay hermosas ciudades y ricas provincias donde hallaréis laureles y fortuna."

El aguijón de los soldados de la gran revolución, no fueron, pues, las libertades, sino las riquezas de Italia.

La religión, la filosofía, el arte y la familia están profundamente viciados por su contacto. La religión ha dejado de ser un senti-

miento, un anhelo de perfección moral para convertirse en un rito, cuyo cumplimiento otorga patente de buen tono. Los templos se transforman en palacios poblados de imágenes, cuajados de oro y piedras preciosas, manera admirable de justificar el alto valor que esas futilidades tienen a los ojos de quienes las ofrendan. Vuestra filosofía prohija el utilitarismo y engendra el pedantismo de gabinete que busca la misteriosa transformación de la materia en pensamiento con el mismo resultado que los alquimistas de la edad media buscaron la piedra filosofal.

Vuestro arte—suponiendo que eso tenga algún valor—jamás ha cruzado un período de mayor decadencia, por no decir degradación. Vuestra arquitectura persigue un solo fin: acumular la mayor cantidad de carne humana en el menor espacio posible, es decir, traduce el concepto del país que pretende heredar la civilización europea: el yanqui, que ha sustituido la cantidad a la calidad, la magnitud a la belleza de la línea. Vuestra literatura es banal o corruptora. La enseñanza ha engendrado el único medio que puede satisfacer “las necesidades” que despierta: las hojas volantes plagadas de mentiras y de estupideces que las maquinarias se encargan de reproducir al infi-

nito, o el libro que va a ocupar su nicho en los anaqueles, aumentando el número ya prodigioso de cadáveres que deleitan el olfato de los futuros "papiloteros". El rasgo original de vuestra pintura y escultura es la caricatura. Vuestra poesía lírica, única que merece ser tomada en cuenta, ha dejado de ser personal para ajustarse al recetario de escuela, y de ahí que llamáis gran poeta a cualquier engarzador de frases, confundiendo la habilidad del artífice, con el sentimiento del artista. ¿Quién ha aumentado el número de las imborrables siluetas de Ulises, de Eneas, de las figuras dantescas de Don Quijote, de Hamlet o de Tartufo? El único tipo que puede reivindicar para sí el siglo XIX, es el plepeyo "elevado por el propio esfuerzo". Si la elevación se ha operado en el "campo de las letras o de las ciencias", la agresividad y la petulancia lo denuncian a la legua, como al macho cabrío el mal olor. Repudia a los de abajo por su ignorancia y desprecia a los de arriba porque su sabiduría libresca no pone a su alcance la cultura que se hereda. Pero el dios de las multitudes es el otro: el que ha hecho una pirámide con todas las cosas superfluas y se ha sentado en la cúspide, convirtiéndose en el punto de mira de quienes están debajo. De ahí

que la prédica socialista no es más que una parodia de la arenga napoleónica: Compañeros: hasta hoy habéis trabajado por un mísero salario. Esa pirámide, sin embargo, se ha levantado a costa de la penuria de vuestros padres, del hambre de vuestras esposas y vuestros hijos. Conquistadla y conquistaréis la felicidad.

Vuestra tan pregonada familia, no tiene otra finalidad: heredar o acumular bienes para que otros los hereden. El matrimonio "monogámico" que es su base, oscila entre el malthusianismo que prostituye irremisiblemente a la mujer, o la poligamia de hecho, que lo desnaturaliza.

Conmutará la guerra estos valores? Todo indica que no, pues de una y otra parte oigo hablar de futuras ligas, tarifas diferenciales, amigos y enemigos, y esto indica que en el fondo de vuestras pupilas subsiste y subsistirá la vieja llama alimentada por el odio.

Si la guerra no desarrolla el sentido que permita no sólo traficar sino calificar vuestra producción económica, en un futuro cercano tendréis otra catástrofe mayor que la actual. El "tipo de la paz" continuará siendo el que posea mayor número de bienes y los ídolos de la multitud, esos eternos charlatanes, parásitos de mayor cuantía, que la inci-

tan a la conquista del supremo anhelo. Es que se continuará predicando que el hombre ha nacido pura ser feliz y no para ser perfecto, y como esa felicidad depende del goce de la mayor suma posible de bienes, resulta que cuanto mayor sea la producción mayor será la felicidad que rueda por el mundo. El extravío es evidente. La paz, la fraternidad, la elevación progresiva de la humanidad, no dependen de la felicidad de los hombres, sino de su perfección. Un egoísta podrá ser feliz, pero es dudoso que una colectividad egoísta sirva de modelo. Y es porque lo que llaman felicidad, se obtiene mediante la satisfacción de las tendencias instintivas, en tanto que la perfección es un producto reflexivo y se obtiene, justamente, contrariando esas tendencias. El mismo decálogo es una suma de negaciones.

Si esta lucha sin precedentes se circunscribe, pues, como las anteriores, a catalogar la gloria de los generales que han dirigido la matanza con más habilidad o suerte y a los cambios de mera forma que puedan sufrir las naciones, todo quedará reducido a una infecunda lluvia de sangre. Si no se establece una relación normal, es decir, moral, entre el hombre y las cosas, el cataclismo se repetirá aun cuando el mar sepulte las escuadras y los cuar-

teles se transformen en iglesias. No apetecer, no satisfacer, continuar por virtud el régimen impuesto por la necesidad, ahí está el ancla de salvación y el pueblo que la adopte triunfará y marcará la verdadera etapa regeneradora de la humanidad.

LUIS PASCARELLA

La voz de la noche

Voz piadosa que dentro de mí sueñas,
mucho gracias. En el silencio augusto,
aduermes tú mi corazón adusto,
consuelas tú mis impacientes penas.

Soy náufrago, y me cantan las sirenas;
soy arrenal, y en mí crece un arbusto;
soy débil, y el dolor me hace robusto;
soy cautivo, y no siento mis cadenas.

¡Muchas gracias, voz íntima y remota,
que me refresca el ánimo y que brota
de profundos y atávicos anhelos!

¡Gracias, mi madre, por tus oraciones!
¡Gracias, mi padre, por tus bendiciones!
¡Por vuestra pura fe, gracias, abuelos!

LUIS G. URBINA

Octavio Mirbeau

ENCASTILLADO en su desdén, alejado del comercio mundano por su horror a la estulticia y su misantropía agresiva, odiado por muchos, admirado secreta u ostensiblemente por todos; así ha vivido y acaba de morir Octavio Mirbeau, (*) dejando en sus novelas, poéticas y fangosas, todo a un tiempo, algunos de los documentos más sintomáticos y apasionados que se hayan escrito sobre la vida contemporánea.

Tenía el alma ruda y soñadora a la vez de los viejos normandos que conquistaron la Inglaterra, que invadieron todos los países, que pasearon su audacia corsaria por todos los mares del mundo. Era él mismo un corsario de las letras, siempre en lucha con los piratas de la literatura y de la sociedad, a quienes persiguió implacablemente en páginas de una violencia inaudita.

(*) Falleció en febrero último.

Como Flaubert, como Barbey d'Aurevilly, sus paisanos, experimentaba una repugnancia casi física al contacto de la imbecilidad humana y ante las turpitudes de una época refinada, enfermiza y decadente. Dijérase que como en aquellos dos escritores, retoñaba en él el espíritu ingenuo y bravío de sus antepasados, incompatible con las acomodaciones y las cobardías a que obliga una civilización en extremo compleja.

Fué en consecuencia un rebelde, un refractario como Jules Vallés, que reaccionaba de manera brutal ante el espectáculo del mundo bullente en torno suyo. Y como—rasgo de su raza—era hombre de acción tanto como de pensamiento, ponía éste al servicio de sus voliciones sociales, buscando castigar, agitar, modificar, con el empuje de su vigor ideológico y de su ricio lenguaje impetuoso. Los errores, las hipocresías, los vicios, la injusticia de la estructura social, arrancábale tremendos dictérios y atroces contumelias, tanto más hirientes cuanto que sabía revestirlos de formas perfectas. Tuvo para sus propios colegas sarcasmos e ironías ferales: “A ese imbécil no le preocupa sino la psicolo-

gía de las mujeres que tienen más de tres mil francos de renta", dijo una vez aludiendo al aristocratismo literario de Bourget. Todo ello explica las resistencias, los rencores que despertaba su nombre entre los que se sentían alcanzados por su palabra vengadora. Exageró sin duda su postura de combatiente; faltóle indulgencia y tolerancia para muchas cosas. Son los defectos inherentes a sus cualidades.

Pero ¡qué artista maravilloso! En su prosa armoniosa, melancólica, de una inmensa potencialidad evocativa y poética, de una sutilidad inefable para encerrar las más delicadas sensaciones, de un poder formidable para concretar escenas y caracteres, ha expresado ternuras, nostalgias, rebeliones, furores, amarguras, exaltaciones y miserias profundas. Ha descrito vicios inverecundos como en *El diario de una mucama*, no para que los imbéciles se solazaran con ellos, sino para exhibir la morbosa descomposición de ciertas clases sociales. Ha echo ver en *El jardín de los suplicios* hasta dónde puede llegar en su diabólica perversidad, el alma de los hombres. Ha mostrado en *Sebastián Roch* los peligros de una educación falaz, plañendo

Octavio Mirbeau

EL fallecimiento de Mirbeau, acaecido hace dos meses, evoca un pasado reciente y que parece sin embargo separado del nuestro por toda una edad geológica. Tan violenta ha sido la solución de continuidad entre los días tumultuosos de "l'Affaire" y los de esta época de sangre y fuego. Cotemplando los hechos bajo un destello de la intención que animaba las páginas de Mirbeau, se descubre una dependencia de lógica implacable entre los dos períodos. La sensibilidad se estremece, pero todo nos dice que hoy como siempre ha sido "el suceso contemporáneo de la familia de los sucesos anteriores y el genitor natural de los sucesos futuros..."

Mirbeau fué uno de los intelectos que percibieron la pendiente inevitable y funesta de las cosas. Y tuvo seguramente en el fondo de sus acerbas meditaciones, y a pesar de sus curiosas veleidades lugareñas, la intuición material de la tragedia hacia la cual se encaminaban los pueblos. Podría justificarse así, acomodando la visual propia a las exigencias de un momento inadecuado a la contemplación personal y genérica de las cosas, la acri-

tud de sus invectivas contra la sociedad en que vivía. "Me inspiran los animales una ternura de misántropo y de neurasténico," decía en una de sus crónicas de automovilista, suministrando una clave inopinada de su temperamento.

La inteligencia agresiva y subversiva, el hombre de lucha, libertario ensañado y paladín de la justicia, se exhibe como un sensitivo y un humanitario y en sus extremas manifestaciones como un exacerbado. Su robustez no se acompaña de salud ni de ecuanimidad. Padece la neurósis del combate, la nostalgia del motín y de la barricada. Su violencia no es sino el estado álgido de la piedad; su injusticia, la forma convulsa y airada de sus instintos de justicia. Le sublevan la opresión y la iniquidad, el abatimiento de los humildes, la insolencia de los grandes, la hipocresía y la ficción que encubren bajo una máscara de convenciones tiránicas y absurdas la realidad trágica de la existencia. Le subleva, en suma, todo cuanto sublevó a los entendimientos de poetas y gironinos en todos los tiempos.

Pero la reacción de su inteligencia no es la de los poetas y descuella sobre la de los simples agitadores. Sus obras son el expediente analítico de un proceso criminal, de una causa célebre, la causa de la burguesía y sus instituciones. El burgués es su *bête noire*, como

lo habrían sido el aristócrata en los días de su apogeo y las clases laboriosas al vivir bajo el régimen que éstas se proponen y llegarán quizás a establecer. Confrontado con la iniquidad fundamental del destino tal y como lo aceptan o explotan los burgueses avisados, se subleva contra ellos y acomete el examen de sus costumbres y les discierne el castigo de sus invectivas. Sus talentos prevalecen, sin embargo, sobre sus sentimientos, y el alegato judicial, recargado de pruebas tan contundentes como ineficaces, reviste el carácter mucho más interesante de una historia natural, personal y subjetiva, pero sincera y puntual, de la sociedad y de sus instintos y motivos.

Desde *Sebastien Roch*, la primera de sus obras, en el orden del tiempo, de que tengo conocimiento, aborda el novelista el estudio de su problema, el análisis de su obsesión. "Novela de costumbres" la llama el escritor. Ofrece, sin embargo, estigmas que la asimilan a la novela tendenciosa, reñida con la lógica sinuosa de la vida y con la serena ingenuidad del arte. Pero no es obra desdeñable. El estilo se distingue desde entonces por su diversidad pintoresca, por su vigor incisivo, exento de énfasis y declamación. En sus retratos predomina el calor sobre la línea, y la expresión sobre el análisis preciso y sostenido. La vida del libro consiste sobre todo, como la del autor en general, en la intensidad

dramática de las situaciones, en el conflicto interior y exterior impregnado de sordas fatalidades y sostenido y consumado con la lógica de un experimento de vivisección. De ese libro recuerdo con singular viveidez la imagen del pequeño estudiante, una imagen ingenua y lozana, campestre y jovial, que evoca en mi memoria la del adolescente *de' lor begli occhi e del leggiadro aspetto* cuya temprana muerte arrancaba gemidos a la musa de Miguel Angel.

De allí en adelante, en sus obras sucesivas, los dones del escritor, que son en el caso de Mirbeau la expresión más auténtica del hombre y del temperamento, se aquilatan y aguzan progresivamente, y sin alcanzar expansiva fecundidad, multiplican y acentúan sus manifestaciones. Las luchas políticas enardecen su índole combativa y les brindan motivos y ocasiones a su pasión y a su imaginación. En los conflictos de "l'Affaire" aparece Mirbeau al lado de Zola, en la vanguardia de los dreyfusistas. No recuerdo a punto fijo los incidentes de la lucha ni el papel de Mirbeau en aquellos días. Imagino que en contraste con la actitud severamente judicial del "Maestro," la del ardiente discípulo sería la del asalto cuerpo a cuerpo en lo más reñido de la contienda. Su atribución natural, en el lance político como en el orden literario, es antes que la defensa la agresión y la demolición. A-

placado el tumulto, con los puños crispados y la mente inflamada por el coraje de las jornadas fragorosas, reaparece Mirbeau en la arena literaria. De aquella época data el *Journal d'une femme de chambre* con que alcanzó su nombre resonancia casi universal.

Engendrado en la rebeldía y el rencor, el libro encuentra su clasificación natural en la Biblioteca de los Autores réprobos, lejos de los Clásicos del "Siglo de Oro". No tan lejos sin embargo de los clásicos en general como querrían seguramente los *Pilares de la Sociedad* y los escribas y sicofantas de la dinastía de éstos. Hay algo más que la pesquisa indiscreta y la delación virulenta y la licencia y la desnudez y la risotada de escarnio que se cierne sobre todo ello, en aquellas páginas desenfrenadas. Hay la revelación de un talento y una personalidad lo bastante dueños de sí mismos para afrontar el riesgo de trivialidad e insignificancia en que mercedamente se extinguen los pujos insubstanciales de diatriba y de libertinaje. Mirbeau ha estado a la altura de la prueba. En la arcilla contaminada, sus manos expertas y atrevidas modelan una crátera orgiástica, rabelesiana y aristofanesca. La exornan motivos risueños y lúbricos, hirsutas quimeras e hidras deformes, ménades rugientes e íncubos nefastos. Y sobre la fauna demente y heteróclita difunde su estilo inflamado la abundancia de sus esmaltes multico-

lores. Es una especie de *Satyriçon* moderno, con la diferencia de que no es un alma exótica de aventurero, pasivo espectador de las licencias urbanas, la que escudriña en el *Journal* las interioridades sociales. Es, al contrario, un actor importante en el drama de su época, un observador solícito de comprobantes para su causa, un activo creador de entes vivos y palpitantes a quienes convoca su imaginación como testigos y partícipes de los sucesos.

Mirbeau está en el *Journal*, con los defectos de sus cualidades y las cualidades de sus defectos. Y a pesar de sus notas forzadas y sus desmanes de lenguaje y sus caricaturas y paradojas exorbitantes, el *Journal* es la más equilibrada, la menos "neurasténica" de sus producciones. Contiene páginas inolvidables, episodios conmovedores, detalles de realidad carnal y fidelidad psicológica que le asignan a su talento rango de primer orden. No hay que buscar en sus obras por otra parte lo que no se encuentra en ellas. No son de su dominio los tintes leves y sugestivos ni la insinuación reveladora ni el símbolo enigmático que cifra y descifra el sentido trascendente de las almas y de las cosas. Ni hallamos en sus páginas el tipo individual y característico, Vautrin o Raskolmikoff, Madame Bovary o Doña Perfecta, con que enriquece la pujanza de genios superiores la órbita de la existencia. El personaje de Mirbeau, en sus novelas

al menos, es el mundo mismo, la sociedad contemporánea, contemplados bajo el ángulo de una misantropía que no es sino la máscara guerrera, el tatuaje horripilante y paradójico de su filantropía y su equidad.

La filantropía y la equidad son factores constantes del carácter de Mirbeau y constituyen el sustento más sólido de sus facultades. Palpitan a flor de piel en sus novelas, le guían en sus excursiones, concurren a los consejos de su criterio, les dan vida y calor a las escenas de su teatro y le imparten a su estilo la crispatura nerviosa, el reflejo muscular que patentiza su vitalidad. Resplandecen esas virtudes por igual en sus páginas más acerbas y en las más persuasivas de su producción. Le dictan su juicio, tan sobrio y gráfico y justo, sobre Constantin Meunier, le han inspirado su apoteosis de Maeterlinck y son ellas las que inflaman las páginas fúnebres y sanguinarias, precursoras de *El Jardín de los Suplicios*, en que evoca las atrocidades del caucho tropical y las demencias de los pogromos moscovitas.

Al insistir en esos aspectos viriles y generosos de su carácter y su obra, no me propongo congraciar con el escritor a sus enemigos naturales ni encubrir o neutralizar los defectos acentuados de su acentuada personalidad. El examen imparcial es el tributo más digno de las naturalezas valerosas y seguras de sí mis-

mas. Mirbeau fué un intelecto de vanguardia, consecuente con sus odios y sus preferencias hasta la temeridad. Su enemigo por excelencia, el que colma sus jornadas y asedia sus insomnios, es aquella hidra de múltiples cabezas y fauces vociferantes de que habla el crítico Brandes a propósito de Kielland, monstruo de lenguas envenenadas y discursivas que ahullan moral incesantemente, de colas innumerables que barren el polvo de aulas y bufetes; bestia repulsiva y grotesca, de frente de toro y mirada de ganso, con el pecho henchido de fatuidad y anhelo de gobernar y la piel guarnecida de las escamas superpuestas de prejuicios y preocupaciones y viscosa de soberbia y unción. De las cabezas del monstruo, dice Brandes, logró Kielland cortar una o dos con su reluciente cuchilla. Pero otras las reemplazaron inmediatamente. El autor del *Journal* y del *Jardín de los Suplicios*, de *Los Malos Pastores* y *Les Affaires sont les Affaires*, penetró resueltamente en el aprisco de la bestia, examinó su contextura, estudió sus costumbres y su fisiología y consignó los resultados de su estudio en un álbum de aguas fuertes en las cuales concurren la exactitud anatómica y la sagacidad psicológica, la precisión del diseño y la osadía y originalidad en la ejecución.

S. RESTREPO



EL FIN DE LA DOCTRINA MONROE

Y EL NACIMIENTO DE LA DOCTRINA DE LA DEMOCRACIA UNIVERSAL

La entrada de los Estados Unidos en el conflicto europeo, de una manera activa, haciendo suya—según declaración del Presidente Wilson—la causa de las potencias aliadas que hacen frente a la agresión germana, pone fin a la política de aislamiento que los Estados Unidos venían observando desde los primeros tiempos de su vida independiente. En nuestro concepto, la Doctrina Monroe ha muerto. La declaración del Presidente Monroe se refería, no solamente a impedir que el sistema político que las naciones de la Santa Alianza quisieron implantar en la Europa de principios del siglo pasado se hiciese extensivo a los países del Nuevo Mundo—sobre el cual tenía la Santa Alianza puesta su mirada codiciosa—sino que proclamó también el principio de no intervención, por parte de los Estados Unidos, en los asuntos europeos.

Si la gran nación americana se hubiese limitado a seguir una actitud meramente defensiva en el actual conflicto, aquélla política de aislamiento habría podido continuar, pero su participación activa al lado de los aliados pone fin a ese propósito. La doctrina Monroe ha sido lo que el estadista que le dió su nombre quiso que fuera, siempre que un espíritu verdaderamente democrático inspiró los actos del Gobierno de Washington, pero ha estado muy lejos

de interpretar las aspiraciones de Monroe cuando tendencias imperialistas han determinado la política de ese país para con las pequeñas nacionalidades de la América Latina. En muchas de estas se han mirado siempre con desconfianza y con alarma las elásticas interpretaciones que han dado a esa doctrina ciertos políticos americanos. Empero, los acontecimientos recientes han dado al traste con la Doctrina Monroe. Ya lo han hecho notar así los internacionalistas germanos que veían en ella un obstáculo para la expansión germana hacia el Nuevo Mundo; y si es verdad que la Doctrina Monroe ha desaparecido, no es menos evidente que la aspiración de Canning, su verdadero inspirador, es la que las naciones enfrentadas en la actualidad al imperio germánico defienden y harán triunfar en definitiva. Esas naciones luchan por la supremacía del derecho sobre la fuerza, por la libertad, la integridad y la independencia de todos los pueblos, grandes y pequeños. La Doctrina Monroe ha muerto. Pero ha surgido en cambio la Doctrina de la Democracia Universal que, como su mismo nombre lo indica, no es una doctrina circunscrita a esta o aquella parte del mundo sino de general aplicación.

(*El Marconigramma*, Londres.)

La victoria final

QUÉ autoridad moral tendrán mañana sobre nosotros esas grandes naciones que desde la alta torre de su orgullo agotaron ayer el vocabulario de la mordacidad para llamarnos bárbaros y pueblos revoltosos, a los que era necesario imponer el progreso a cañonazos, la civilización a cintarazos y el orden con incruentos bloqueos, y que ahora no han tenido reparos en enderezar la boca de sus cañones contra los monumentos de la civilización contra las poblaciones indefensas, contra las ciudades inermes? Esos pueblos que vieron impasibles la intervención americana en Cuba, en Santo Domingo, en Puerto Rico, en México; que han agotado el arsenal de sus crueldades en ancianos y mujeres y niños; que han roto en mil pedazos el código de la guerra, los tratados internacionales y el Derecho de Gentes; que han azuzado la jauría de sus corsarios filibusteros sobre indefensos barcos mercaderes. ¿Qué autoridad moral tendrán mañana sobre nosotros? ¿Qué podrán decir mañana de nosotros?

Los pueblos de Sur América han dado en todo tiempo notaciones de pueblos cultos, y en toda época, desde los días en que librámos contra España ruidosas batallas libertarias, hasta los otros de nuestras rencillas internas, algún ideal de mejoramiento y de progreso relució siempre en nuestro pendón de combate. Además, no ennegrecieron nunca nuestra historia tántos crímenes de lesa civilización como los que han brotado al paso de las legiones europeas. ¡Nunca!, ni en los luctuosos días de Rosas en la Argentina, de Herau en Santo Domingo, de Núñez en Colombia...

La victoria final, pues, ha sido y será nuestra.

Somos nosotros los que hemos ganado moralmente en este gran saqueo universal. El actual conflicto europeo se ha encargado de eclipsar nuestros pequeños errores del pasado y de destacarnos como pueblos cultos y civilizados. ¡La victoria moral ha sido nuestra!

ALEJANDRO N. JIMENEZ.

Cagua, Venezuela, marzo de 1917.

(*La Revista. Carácas.*)

El espejo

CADA vez que me observaba en un espejo recibía una impresión extraña.

—Ahí te tienes, me decía.

—Pero ¿acaso soy tan sencillo como todo eso? me preguntaba.

Aquella imájen opaca, impenetrable parecía tan ajena a mí mismo, como si fuese la figura de otro.

Por fin, una noche descubrí el verdadero espejo.

Sobre el jardín envuelto en sombras, bajaba el pálido fulgor de las estrellas.

En los cristales de la ventana veía reflejada la luz de la lámpara y mi actitud pensativa. Pero a través de mi imájen pude observar la arena de los senderos, los macizos de rosas que florecían en mitad de mi pecho, las estrellas lejanas que brillaban en mi cabeza.

Pensé haber encontrado un buen espejo.

Aquella mi sombra, atravesada por franjas de arena, por rosales florecidos, por astros distantes, hablaba, con extraordinaria claridad, del origen de nuestro cuerpo y de las tendencias que llenan al espíritu humano.

Respuesta

Has dicho:

—No le ví más que un momento.

—¿Te ví yo mucho más, mi dulce bien?

El alma te entregué y el pensamiento.

¿No pudiste entregármelo también?

Para subir de un vuelo a la alta cumbre,

para encender la noche en viva lumbre,

para dar al espíritu anhelante

goce embelesador,

¿no les basta un instante,

al águila, al relámpago, al amor?

Te ví y al punto te lloré perdida.

Pero consagraré toda mi vida

a merecerte sin cesar jamás.

Si ha de ser conocido el ser amado

¿cómo en voraz hoguera me ha inflamado

una mirada tuya nada más?

En el hato de Cañafístola

(NARRACION LEYENDARIA)

I

EN el hato de Cañafístola, algo tarde el 31 de enero del año 18, avistábanse por primera vez en el curso de nuestra Epopeya dos hombres que con igual arrojo y decisión habíanse batido muchas veces yá por un mismo ideal: la libertad de la Patria esclavizada por el yugo de la Corona.

Los nombres de aquellos hombres eran Simón Bolívar y José Antonio Páez...

II

Arrebatado por la gloria sugerente del Libertador había salido a su encuentro el famoso lancero, sabedor de que aquel se hallaba en los Llanos, con el doble propósito de reconocerlo como Jefe Supremo de la Causa Colombiana y presentarle el contingente de dos mil jinetes, que aunque haraposos y mal provistos debían contribuir a batir a los gallardos tercios de Morillo y de Latorre que venían

de vencer a los franceses y que infestaban a la sazón aquellas comarcas.

Advertido a su vez el Libertador de la salida de su teniente y de la proximidad a que éste se hallaba, adelantóse a recibirlo con grandes muestras de júbilo. Y al divisarse, ambos caudillos echaron pie a tierra y se estrecharon en efusivo abrazo.

Sin embargo, acerbo desengaño había causado en el alma del llanero la persona de Bolívar. En vez del luchador férreo y recio, forjado en su imaginación, hallábase en presencia de un hombre de complexión débil y de mediana estatura, que con voz un tanto atiplada comunicaba órdenes a sus edecanes y que "acostumbrado desde sus primeros años a los regalos del hogar doméstico, formaba contraste con aquellos habitantes de los Llanos, robustos atletas, que no habían conocido jamás otro linaje de vida que la lucha continua con los elementos y las fieras". Tal impresión despertó en la mente del llanero la idea de rebelión. Siendo él—pensaba—terror de las mesnadas de Fernando VII e ídolo de las tropas patriotas a su mando, ¿por qué no había de ser él el Jefe Supremo del Ejército? ¿Acaso las proezas asombrosas de "El Yagual", "Mata de la Miel", "Mantecal", "Mucuritas", "Achaguas" y mil acciones más no le hacían acreedor a tal título? ¿Someteríanse de buen grado sus llaneros a la omnímoda autocracia

de Bolívar, ellos, que no concebían como jefe sino aquel que fuese capaz de vencerlos en lucha individual y franca?

Pero la fuerza no reside sólo en el músculo: la videncia, la inteligencia de voluntad y otras muchas facultades del espíritu que caracterizan al hombre de genio, son también fuerzas, y fuerzas que privan sobre la materia en el dominio de los hombres y de los pueblos. De aquí que Bolívar, psicólogo avisado y profundo, cuyo poder consistía principalmente en aquellas virtudes, pronto advirtiera el proceso que inconscientemente desarrollábase en el alma del lancero; y rápido como el rayo, en el instante que debía pedir a éste el juramento de sumisión, irguióse, cual el dios Tonante, en olímpica actitud, y lanzó sobre su teniente una de esas miradas irresistibles y avasalladoras que sólo son patrimonio de los Grandes, porque constituyen la resultante de esas fuerzas que únicamente ellos atesoran.

El momento era expectante; todos los allí presentes observaban ansiosos a uno y otro paladín, cuando de súbito el lancero, en confusión de desvarío, bajo la influencia imperiosa de los ojos de Bolívar, inclinó la cerviz alta, hizo un ademán y entregó sus jinetes a Bolívar!

Un murmullo de satisfacción partió en aquel momento del pecho de todos los circunstantes; el sol de la Libertad apareció más in-

tensivo en el cielo de las Pampas, los pájaros cantaron en su loor y una sonrisa, apenas perceptible, asomó a los labios del Libertador: el futuro León de Payara, había sido sometido por una mirada del Cóndor Avileño.

.....

Muchos años después de aquel encuentro, desde tierra extraña y lejos de la Patria añorada, escribía el General Páez refiriéndose a la persona de Bolívar: "...Sus dos principales distintivos consistían en la movilidad del cuerpo y el brillo de sus ojos, que eran negros, vivos, penetrantes e inquietos con mirar de águila...!"

OSCAR AGUILAR

Caracas, enero de 1917.

Chanson sur un theme chinois

(JULES TALLIER)

Voló la golondrina a tierras más risueñas
y la cigüeña asoma ya en los cielos plomizos;
se van las golondrinas y llegan las cigüeñas
como llegan las canas tras de los negros rizos.

Bajo el cielo monótono, el mismo giro eterno,
indiferente a tantos corazones cansados:
las aves del verano, las aves del invierno;
días de rizos negros y de rizos nevados.

J. A. VELASCO

Mi última cacería

UN día al salir a cazar me llevé un voiúmen inglés traducido del sanscrito, lengua sagrada de la India. Un corzo inocente y feliz brincaba de alegría por la hierva, aún empapada del rocío en la linde del bosque. De cuando en cuando le distinguía por entre las matas enderezando las orejas, sacudiendo al sol naciente su tersa piel, arrancando los tiernos retoños y gozando de su tranquilidad y aislamiento.

Hijo de cazador, he pasado mis primeros años entre guarda-bosques, curas de aldea y señores campesinos, cuyas jaurías se mezclaban a menudo con la de mi padre; por lo tanto, nunca tuve ocasión de reflexionar sobre el brutal instinto del hombre en formarse un pasatiempo de la muerte, matando sin necesidad, sin justicia, sin piedad y sin ningún derecho a unos pobres animales, que tendrían sobre él el mismo de caza y muerte a ser tan insensibles, tan feroces y a ir tan armados en sus diversiones.

El perro había dado con el rastro; me hallaba con la escopeta en la mano y tenía el corzo al extremo del cañón; pero no podía desprenderme de un cierto remordimiento, cierta incertidumbre en cortar derrepente tanta vida, tanta felicidad y tanta inocencia en un sér que no me había hecho mal alguno, que saboreaba la misma voluptuosidad matinal que yo; criado por la Providen-

cia y dotado quizás de una sensibilidad superior a la mía, y enlazado con los mismos vínculos de parentesco y afección que yo en el bosque, buscando a un hermano esperado por su madre, buscado por su compañera y llamado por sus hijos. Pero instinto maquinal de la costumbre dominó a mi deseo de no matar. El tiro partió y el corzo cayó atravesado un brazuelo por la bala, haciendo en su dolor vanos esfuerzos por levantarse del suelo enrojecido por su sangre.

No olvidaré nunca aquella mirada, a la que el espanto y el dolor daban una expresión de sentimiento enteramente humano, y tan inteligible como las mismas palabras; porque los ojos poseen también su lenguaje, sobre todo cuando están próximos a cerrarse para siempre.

Cuando se hubo disipado el humo del tiro me acerqué pálido y temblando al sitio del crimen. El lindo animal no había aún muerto y me miraba con la cabeza recostada en la hierva y con los ojos anegados en lágrimas.

Aquella mirada me decía claramente con su desgarradora reconvención: "¿Quién eres tú? Yo no te conozco: nunca te he ofendido: tal vez hubiera podido amarte: ¿por qué me has herido de muerte? ¿Por qué me has arrebatado la vista del cielo, de la luz, mi parte de aire, de juventud, de felicidad y de la vida? ¿Qué va a ser de mi madre, de mis hermanos, de mi compañera y de mis hijos, que me esperan en el bosque y que no volverán a ver de mí más que unos mechones de lana esparcidos por el tiro, y algunas gotas de sangre que están regando esta hierva? ¿No hay allá arriba quien me vengue y que juzgue tu crueldad?"

Y sin embargo, yo que te acuso, te perdono: en mis ojos no existe la cólera, pues mi natural es generoso aun para mi asesino: en mí no hay más que asombro, dolor y lágrimas."

Esto decía la triste mirada del corzo herido; yo lo comprendía como si hubiera oído su voz. "Acábame de una vez", me parecía aun que quería decir al ver el llanto de sus ojos y los inútiles estremecimientos de sus miembros. Hubiera querido poderlo aliviar a cualquier precio; pero volví a tomar la escopeta, y cerrando los ojos, dí fin a su agonía con el segundo tiro.

Arrojé entonces la escopeta lejos de mí y confieso que me eché a llorar. Mi perro parecía también enternecido, pues en lugar de olfatear la sangre y morder el hocico del cadáver, se echó tristemente a mi lado; los tres quedamos en un profundo silencio, como en el duelo de la muerte.

Era el mediodía y esperé que el viejo pastor que conducía los carneros al establo durante las horas del calor, volviese por la linde del bosque para encargarle que llevase el corzo a la casa. Mientras tanto saqué del bolsillo el libro inglés, que contiene esos restos de los poemas épicos de la India, y procuré distraerme con su lectura. ¡Vano esfuerzo! Lo abrí por una página donde se leían las maravillosas alegorías de la poesía sagrada de los indios, infiltrada en sus dogmas de caridad universal.

Enseñándonos el amor y el respeto que debe tener el hombre a todo lo que está dotado de vida y de sensación, se apercibe en ellos la caridad del mismo Dios por su creación animada e inanimada.

El poeta refiere la ascensión al cielo de un héroe pasando por todas las pruebas de la vida, en la penosa escala del monte Himalaya. A medida que el camino va siendo más pesado, más escabroso y glacial, va siendo abandonado por los que más le amaban en la tierra, que le han seguido hasta allí, y al fin, sin compasión de sus infortunios, se vuelven atrás y sucumben a sus pies en los picos de hielo y nieve de la subida.

Parientes y amigos y hasta su misma esposa se cansan de este sacrificio y de sus esfuerzos para dominar el cansancio. Sólo su perro, más fiel y más inseparable de él que el amor y la amistad, sigue, jadeando, las huellas de su amo para morir a su lado o para triunfar con él.

El héroe llega al fin a las puertas del cielo, que se abren para él, pero que se cierran para el animal. Entonces el hombre, penetrado de una justicia sublime y de una abnegación que llega hasta el sacrificio de sí mismo, se niega á entrar en la mansión de la felicidad divina si no se concede la misma gracia al perro, compañero de sus fatigas y merecimientos.

Los dioses enternecidos por tanto sacrificio y tanta generosidad, permiten la entrada al animal con el hombre, y las puertas vuelven a cerrarse tras de ellos. He notado este fragmento de caridad universal y lo consignaré en los archivos de bellezas del entendimiento humano.

Esta lectura me hizo comprender y apreciar aún más que en la de los dogmas religiosos de la India, la verdad, la santidad y la belleza de aquella doctrina, que prohíbe a los hombres, no tan solo matar a los animales sin una absoluta

necesidad, sino aun despreciarlos; porque son nuestros compañeros y nuestros huéspedes en la tierra y debemos responder de ellos ante nuestro Padre común; porque les somos superiores en inteligencia y en la fuerza de que nos valemos para dominarlos.

Admiro y adoro esa confraternidad universal entre todos los seres, entre todo lo que respira, entre todo lo que siente y entre todo lo que se ama aquí abajo, según la medida de su inteligencia y de su posición respectiva. Concluyo, pues, que el poeta indio era el verdadero sabio y yo el bárbaro e ignorante, en medio de una civilización que tan atrasada se encuentra en el camino del amor, o más bien, que aún no ha llegado a comprenderlo. Espero, sin embargo, que el hombre de Occidente llegará un día a su término.

Renuncié para siempre al placer brutal de la caza; al despotismo cruel del hombre en cortar la vida sin piedad, sin necesidad y sin derecho a unos seres a quienes no puede devolvérsela; juré no quitar jamás, por solo un capricho, ni una hora de sol a esos pobres habitantes de los bosques, o a esos pájaros del cielo que saborean como nosotros la corta alegría de la luz y del instinto más o menos vago de su existencia.

Pertenecen a Dios, dije, Dios me ha hecho su amigo y no su tirano. La vida a cualquiera que pertenezca, es demasiado santa para hacer de ella un juguete, un pasatiempo que nuestra incompleta civilización nos consiente hacer impúnemente autorizándolo las leyes; pero el Criador no lo consentirá así en presencia de su justicia.

Desde aquel día no he vuelto más a cazar: el

libro comentando tan patéticamente la Naturaleza me convenció de mi crimen. La India me reveló la caridad en el corazón humano hasta en su más lata extensión.

ALFONSO DE LAMARTINE

Afirman los sociólogos que con la tendencia al idealismo de la filosofía de Renouvier, de Bergson, de Boutroux y de Willians James, parece señalar el rasgo más culminante de la actual orientación del espíritu en España y América, y mañana acaso tan noble idealismo, rebasando los límites actuales, asuma las proporciones de una ampliación mundial, en que veñgan a confundirse en un concepto generoso de humanidad todos los pueblos de la tierra; proceso de ampliación que ha de cumplirse, salvo siniestras regresiones, como dice un notable pensador sud-americano, no conforme al ideal napoleónico de sugestión y de conquista, sino al bello ideal kantiano de justicia y fraternidad.

MIGUEL ALEXIO ROBLES.

(Unión Ibero Americana. Madrid)

Porque todo es un momento (*)

Porque todo es un momento,
este instante, que es la vida, quiero henchir del sentimiento
del amor, que es el más claro manantial de la poesía,
y escuchar sabrosamente su consejo y su armonía
y su hermoso y dulce acento,
que es tan rítmico y tan fuerte
y es tan grato al corazón y al pensamiento.
Y exaltar en mí la vida. Y pensar poco en la muerte
¡porque todo es un momento!
Vivir quiero humanamente—que es la vida placentera
a los que saben vivirla sin salirse de lo humano—
y amarlo todo con brio y de una misma manera:
a la rosa y a la víbora, a la estrella y al gusano.
Y así siento arder mi vida, que ama todo cuanto alcanza,
y así advierto que del nido de mi insegura esperanza
salen, como ruiseñores, muchos amores dispersos
que un solo amor constituyen, todo lleno de pujanza,
que es el alma de mis versos...
Porque todo es un momento, quiero henchirle de poesía
de vivir lozano y fuerte
y llenarle con la gloria del amor y la alegría,
porque todo es un momento, y está acechando la muerte.
Y el fecundo amor exalto de la tierra, en la que esperó
renovarme en su prolfico vientre preñado de siembras,
y me abraso en el humano dulce fuego placentero
de las hembras...

(*) *Poesía á la que se concedió el primer premio en el Concurso organizado por el Círculo de Bellas Artes, de Madrid.*

Partida el alma la siento prenderse en todas las cosas.
En la tierra y en los cielos van cuajando mis cariños.
Y desmayo sensualmente con el olor de las rosas.
Y me traspasan las gracias inocentes de los niños...
Y deliro con los astros que en las noches rutilantes
lo ungen todo de misterio, de milagro y de poesía,
y me siento desleído en las fragantes
leves ondas rumorosas, temblorosas, palpitantes
de universal armonía...
Porque todo es pasajero todo lo amo y lo bendigo.
Porque todo va deprisa, lo amo tanto.
En mi corazón se ayuntan con el príncipe el mendigo,
las serpientes con las flores y el pecador con el santo.
Porque todo es un instante, quiero vivirle con fuego.
Porque todo es un instante, soy avaro de placeres.
Y así la vida exaltando, con todo mi ardor me entrego
á la gloria de vivirla y al amor de las mujeres.
Porque todo es un instante, darme quiero
con toda el alma á mis hijos—clara luz de amanecida
en mis cielos interiores,—sobre este verde sendero
por donde pasa cantando la brevedad de mi vida...—
Y á su amor quiero entregarme con fervor, inmensamente,
que es la vida pasajera.
Y sin ellos, ¡sin mis hijos!, he de hallarme cuando muera
¡nadie sabe con verdad si eternamente!
¡Porque todo es un misterio indescifrable!
¡Porque están los ojos ciegos bajo la venda apretada!
¡Porque todo es una noche impenetrable!
¡Porque no sabemos nada!
¿Cuántos siglos habrán sido
en el tiempo antes de ahora que ha llegado el conocernos?
Y este instante, que es la vida, transcurrido,
nuestra ausencia y nuestro olvido,
¿no serán acaso eternos?...
Lo ignoramos... Porque al cabo de esta luenga y gran jornada
que lleva andada en el tiempo la Humanidad dolorida
aún clamamos los poetas y los sabios de esta edad tan decantada
con la frase más amarga de la vida:

¡No sabemos nada!... Nada!...

Y al mirar, locos de espanto, la terrible interrogante
en el fondo sin medida del secreto alucinante,
bajo un velo espeso y negro lo que miramos se esconde...
y nuestras voces se pierden, todos ignoran en dónde...
y al grito desesperado de nuestra angustia, responde
un silencio emocionante...

Pero, en fin, no consagremos la hermosura del momento
a estas graves asperezas de estéril filosofía:

¡hay que darle todo entero al sentimiento
del amor, que es el más claro manantial de la poesía!
Como el de Asís, cuando miro descubro en todo á mi hermano...
Pero no son mis amores como aquellos de Francisco, tan serenos...
Yo amo locamente a todo, a la estrella y al gusano,
a la rosa y a la víbora, a los malos y a los buenos...

¿Bueno?... ¿Malo?... ¡No sabemos!... ¡Siempre igual! ¡Hueca pa-
[labra!

Ignorámos qué designio misterioso nos domina....

En los hombros alas de ángel y en los pies patas de cabra...

Juan de Yepes con el Diablo en nuestra alma se avecina
y la Esfinge no nos quiere descifrar su abracadabra...

Somos siervos de mandatos imperiosos del Destino!

¿Nuestros actos son fatales? ¿Ellos van de la manera
que le cumple al que nos hizo de carne perecedera
y a unos dió entrañas de santos y á otros entrañas de fiera?...

Pues si acaso nadie puede revolverse contra el sino,

quiero hacer del alma hoguera

que irradie amor para cuantos caminen por mi camino:

¡dame a besar tu rosario, monjita dulce y austera!

¡y tú la paz, ermitaño! ¡y tú la fe, peregrino!

¡y tú los brazos, ramera!

¡y tú la mano, asesino!

Porque todo es un momento, la brevedad de mi vida
quiero encenderla en el fuego de un gran amor hacia todo:

luz y sombra, virtud, vicio, cuervo y ruiñeñor, de modo

que trémula aliente el alma preñada siempre y parida

de un ideal armonioso y de un grande pensamiento...

Este instante, que es la vida, quiero darle al sentimiento

de estar vivo, y quiero toda mi juventud florecida,
porque apenas alborea la mocedad cuando es ida,
¡porque todo es un momento!
Porque todo es un instante, quiero henchirle de poesía
de vivir lozano y fuerte
y llenarle con la gloria del amor y la alegría,
porque todo es un momento, y está acechando la muerte...
¡Muerte!... ¡Horroroso castigo y espanto de cuanto existe!
Sólo te nombré un momento
¡y ya tengo el alma triste
y ya llenaste de sombras siniestras mi pensamiento!
¡Hijos míos! ¿Veré un día
cómo os perdéis para siempre de mi amor y de mis brazos?
¡Ay, más dulce me sería
el pecho herirme y sacarme el corazón á pedazos!
¡Huye pronto, maldecida
visión espectral y trágica! Vete ya de mis umbrales!
¡Que solo el sol y la vida
quiero ver entrar por ellos á raudales!
No vuelvas hasta llevarme, y entra paso en mi aposento.
Y entre tanto los mis hijos, y tú también, compañera,
amadme cuanto yo os amo, porque todo es un momento,
y en el zaguán se ha escondido la horrible muerte que espera
dispersar con nuestras vidas nuestra ceniza en el viento...
¡Hijos míos! ¡Mujer mía!
¡Dadme un beso y la substancia de la entraña en vuestro aliento!
¡Que anochece y se va el día
para hundirse en esa eterna negra noche que presiento!
¡Y poned en este beso tan henchido de poesía
hasta el último y más hondo palpitar del sentimiento!
¡Toda el alma! ¡Toda el alma! ¡Como pongo yo la mía!
¡Porque todo es un momento!...

ALBERTO VALERO MARTIN

Amor de poeta

DESDE el café le vimos pasar por la calle de Alcalá. Me sorprendió su ensimismamiento, el descuido bohemio de su vestir. Nuestro amigo Ricardo aseguró que estaba "hecho cisco." Y he aquí su historia, impertinente como la juventud, cómica y triste como la vida.

* * *

Nuestra excusa era tener veinte años. Los teníamos, es verdad, con alguna petulancia. En aquella lejana provincia, de cuyo nombre no es preciso acordarme, éramos hasta tres foragidos congregados para discutir y romantizar. No teníamos pipa ni melenas, pero el bohemianismo estaba adentro. Es decir, que escribíamos versos semejantes a los de padres y abuelos cuando eran, como nosotros, jóvenes sentimentales y holgazanes. Versos nada revolucionarios, con las mismas quejas de todas las mocedades y de todos los siglos, injustas y calumniosas en puridad, puesto que nuestro rencor al Destino se reducía a que alguna tarde no saliera al balcón aquella chica morena a hacernos signos desesperados con los dedos.

Ya nos quejábamos con Verlaine en un francés dudoso, meridional, pero ferviente. Y aquel libro de rimas castellanas cayó sobre nosotros como un estrago. Lo había hallado Luis Roldán en una tienda de antigüedades, sin cubierta y con una dedicatoria a medio borrar. Desde las primeras cadencias comprendimos que este Orfeo nos encadenaba. Nunca escucháramos más gentiles improperios a la luna. Era precisamente el momento en que esta pálida hechicera andaba en lenguas. Nos bebimos una dorada de honor, pálidos, aterrados divinamente. Repartimos el volúmen en tres pedazos. El mío comprendía el final, los más acerbos clamoros a la "Selene armónica, la noctámbula, la maga y la Verónica." Y no leímos más en aquel día.

Péro desde entonces, en el bolsillo de la americana—de las tres americanas—el poema agregaba un lazo más a nuestras juventudes fraternales. Cada cual repetía las páginas que obtuvo en el reparto. Fué el sésamo, la consigna espiritual y la obsesión de nuestros vecinos de mesa. Éramos felices. Teníamos veinte años y habíamos descubierto a un poeta.

Pero el poeta era autor de tres volúmenes más. Era urgente leerlos y muy escaso nuestro peculio. Además, hubiéramos deseado aquella dedicatoria que truncara el vendedor en el nuestro. ¿Pedírseles al autor? Nos lo propuso Luis Roldán, más no sabíamos entonces que en Madrid es una generosidad, casi un favor, reclamarle sus obras a un literato. Imaginamos que Jacinto Riscal, nuestro poeta, echaría la carta al cesto. Y fué el más travieso de los tres, ese excelente Gregorio, quien

acertó con la solución mejor, la única.... su hermana adoptara en el colegio la linda caligrafía envarada que les enseñan las madres, y, por lo demás, él mismo la imitaba a maravilla.... Recuerdo que compramos un papel de cartas rosa y lo perfumamos discretamente a provincia elegante. Lo más difícil era el texto. Por entonces sólo habíamos recibido epístolas de mala ortografía que imploraban en la posdata lo indispensable para sacar de la peña el mantón de las verbenas. Pero éramos poetas: desléimos en prosa algunos romanticismos y la carta fué firmada: "Su ferviente admiradora, *Rosario Paz.*"

¡Un éxito aquel, de envanecer! A los ocho días recibimos, encuadernadas con primor, las obras del poeta. La carta, breve y fina, agradecía el pedido a la admiradora. Respondimos. Respondió. Y comenzó entonces un tiroteo de cumplidos que se fueron haciendo tiernos, que se fueron tornando en confidencias. Supimos sus hábitos, sus penas. Inícuamente nos ingeríamos en su vida, desvalijábamos su corazón, saqueábamos su alma; todo sin escrúpulo, encantados del *timo*. Luego llegó el libro con la dedicatoria impresa: "A Rosario, Jacinto." Vino con una carta íntima, en donde anunciaba un viaje próximo a la provincia, y "si la ocasión se presentaba, tendría el honor..." Nos aterramos. En la vacilación, tardó nuestra respuesta quince días. Nueva carta: "Respetada señorita. He comprendido. Perdone usted si la petulante imaginación creyó posible un alero para mis penas vagabundas." Todo era así. Perdonamos. Y continuaron las cartas arrulladoras. Como imitába-

mos con descaro a nuestro poeta, pronto hubo sonetos y elegías que enviarle, en letra femenina, por supuesto. No sé si vimos que un amor hondo amagaba, no sé si tuvimos remordimientos. La última carta decía que el amor de su vida fué un torpe engaño, y desde entonces buscaba a la Hermana Ideal. Era indicarle la vacancia de su corazón. La tuteaba ya.

Matamos entonces a Rosario, de tisis, claro está. Y fingiéndose albacea de la muerta, envió Luis—todavía me avergüenzo—unos claveles marchitos, cabellos rubios y algunas estrofas de Rosario sin terminar, que confesaban el amor... Una iniquidad que nos sirvió largo rato de pasatiempo. Somos así, feroces, cuando no hemos sufrido aún... Yo conservaba las cartas y los libros; cartas lánguidas, adorables, que nos contagiaban su pena confusa, inmotivada. Llegamos a sentir sinceramente que no fuera verdad tanta belleza. Hubiéramos inventado de buena gana una Rosario para dársela, y prestamos los libros a las chicas por si alguna se prendaba de tan gentil amador. Pasaron años, pasaron melancolías. Mis dos amigos y yo nos limitamos a la prosa de la vida. Pero al venir a Madrid traté enseguida de conocer a nuestro poeta. *Nuestro* en verdad. El no podía saber de cuántas horas sentimentales fué el culpable y en cuantas cartas nuestras había colaborado sin quererlo. Le hallé encanecido, áspero en su trato y reservado. Tenía su leyenda, linda y perfecta ya, como la de Espronceda y la de Byron. Andaba por las calles con esa gravedad importante de soñador en quien el destino se ha cebado. No dejaba dudar

a nadie sobre esta predestinación de dolor que es la aristocracia de los poetas. Nunca me contó intimidades, y yo sentía el deseo travieso de que lo hiciera. Y os juro que mi maldad de esa noche lunática fué sólo una bocanada de juventud...

Pero vamos despacio. El vivía en Rosales, sólo con una criada y sus pensamientos. Después de cenar aquella noche, subimos a la terraza. ¡La más fosforescente, impúdica luna! De allí veíamos a la fronda del parque subir y destrozarse con flecos de ola hasta la ribera lunar. Un grillo y una estrella titilaban el mismo acorde, que era aquí nota, allí luz. Caramba, esa maléfica embriaguez que va subiendo con la humedad de los parques nocturnos, ese "sueño de verano" que, desde Shakespeare hasta hoy es invencible bochorno. Yo les atribuyo además la culpa a la *chartreuse* y al veguero. Como en sueños escuché aquellos versos, los últimos que escribiera *mi* poeta. Desde entonces creo que los poetas pueden abolir el tiempo, pues me figuré estar otra vez jovial y lírico, en el café de mi provincia. Y súbitamente, con el amplio gesto de ir a coger la luna, me adelanté a murmurar:

*Crujiente noche de estío,
pálido incienso que subes,
como un vagoroso río,
desde la tierra a las nubes.*

Se irguió en vilo, vino a mí interrogante. ¿Dónde había leído esos versos? Me encogí de hombros:

—No sé, en algún almanaque. Por lo demás, detestables.

—¿Cómo detestables?

—Digamos mediocres, si usted quiere. Lánquidos, quejumbrosos; al cabo, versos de señorita.

Jacinto Riscal, con voz cambiada y severa, murmuró:

—La queja más sentida, más profunda que una mujer...

Le interrumpí ¿Era en serio? Confieso mi calofrío de vanidad cuando tan alto maestro me los alabó cumplidamente. Pero mi insistencia en denigrarlos hizo al cabo agresiva su sonrisa.

—Permítame usted—me dijo—que en achaques de poesía crea entender....

—¿Más que yo? Pues precisamente me excusará que en este caso tenga una opinión autorizada.... y modesta.

—¿Modesta?

—¡Toma! ¡Puesto que son míos!

Estaba disparada la bomba. Me miró de arriba abajo con desdén:

—Si es broma, puede pasar.

¡Broma! ¡Se me negaba la paternidad! ¿No tengo facha de poder escribir renglones cortos? Me sublevé.

Recuerde, D. Jacinto — dije, ya malvado—, aquella carta que comenzaba: "Sólo tú, Rosario, podrías ser la paz que adivino en tu nombre. En esta triste y giróvaga sucesión de horas vulgares, tú serías el minuto eternamente único, la estatua que no muda en la alameda otoñal de mi juventud. ¡Oh, Madona de mi hornacina abandonada, perdona si interrumpo la triste costumbre de soñar a solas y clamo a tí de lo profundo porque vi

tu alma gemela en la desolada soledad de tus versos !....”

Hubiera declamado toda la carta de memoria; pero D. Jacinto me estrujó el brazo.

—¿Dónde ha leído eso?

—¡Leído! Casi todo ese lirismo me pertenece.

Hubo que contarle a este hombre empecinado los orígenes, la carta escrita en letra de mujer, toda la burla, para que se convenciera y me dejara. Sólo entonces, al ver agobiado a mi maestro, sentí el acerbo remordimiento de haber deshecho la mejor ilusión de su vida. Después leí que estaba neurasténico, después no ha publicado nada.... No hay burlas con el amor. ¡Pobre poeta!

VENTURA GARCIA CALDERON

Libros útiles

Yo quisiera insistir cerca de todos los jóvenes, en que al principio de la debida y sabia provisión de su casa, obtengan, hasta el punto que puedan, en la más severa economía, una colección de libros útiles para la vida, restringida, aprovechable y continua, aunque lentamente aumentada, haciendo de su pequeña biblioteca, entre todo el mobiliario de su casa, la pieza más estudiada y decorativa, donde cada volumen tenga asignado su lugar, como una pequeña estatua en su nicho, y de modo que una de las primeras y más estrictas lecciones para el niño de la casa, sea la de volver las páginas de sus posesiones literarias, rápida y deliberadamente, sin probalidades de rasgarlas o desprenderlas.

JOHN RUSKIN

Tiempo que fué

DE TENNYSSON

Las lágrimas, lluvia estéril
 No sé lo que signifiquen,
 Pero del abismo vienen
 De una amargura indecible;
 Al corazón saltan luego
 Para que en los ojos brillen
 Del que mira fiel la imágen,
 Triste ¡ay! triste
 En los campos otoñales
 Del tiempo que ya no existe.

Dulces como el primer rayo
 Que percibir nos permite
 La vela que al fin nos trae
 Seres queridos.... Tan tristes
 Como el que alumbra postrero
 Aquel pañuelo (¡ay terribles!)
 Que allá en la márgen lejana
 El último adiós nos dice
 Y al punto el espacio oculta....
 Tristes, tristes
 Cual es dulce la memoria
 Del tiempo que ya no existe!

Lúgubres como el graznido
Ronco, horrible,
Que el ave a la madrugada
Da soñolienta y distinguen
Los oídos del que toca
De esta vida en los confines....

Lúgubres y tan extraños,
¡Ay! tan tristes
Cual será para los ojos
A quienes la luz extingue
El cuadro informe, variable
De aquello que entonces tan
Y lento desaparece...
Extraños y así tan tristes
Como el oscuro recuerdo
Del tiempo que ya no existe.

Cual la memoria
De aquellos besos sublimes
Que en los labios—hoy cenizas—
Estampamos de una virgen....
O como aquellos que sueña,
En su locura, infelice,
El desesperado amante
Dar al ángel por quien vive....
Profundas, así profundas
Como el amor ¡oh! y tan tristes
Como el penar solitario
Del muerto que en vida gime,
Como el pálido recuerdo
Del tiempo que ya no existe!

El niño de la Escuela

Siento una enorme tristeza cuando veo las rejas de una cárcel o las puertas de una escuela, mala.

Dos cárceles:

Una es el corolario de la otra; la ignorancia produce el crimen; la mala escuela produce la cárcel.

Los pueblos tienen un corazón: la escuela.

¿Queréis suprimir la cárcel?

Ponedla dentro una escuela.

De noche se iluminan las calles a causa de los ladrones.

¿Queréis seguridad?

Iluminad los espíritus y apagad los faroles.

Es para las almas delicadas y cobardes doloroso ver a las criaturas durante seis horas en las escuelas sentadas, tanviles.

El niño, cuyo organismo físico y psíquico requiere imperiosamente la agitación, cuya sangre es esperanza, que se agita y se mueve, el niño, que es todo hecho de alegría virgen; de vibraciones aladas, no puede estar durante un momento contrariado en una posición incorrecta.

¡Pobres flores!

Se les obliga a estar doblados sobre un libro árido, seco, abstracto; se les inquieta con el reposo forzado; y cuando, soñolientos y cansados levantan los ojos del libro, que no entienden, para mirar por la ventana a un pedazo de cielo, encuentran ante su mirada, húmeda y tierna, la mirada dogmática de un profesor pedante.

¡Por Dios! Dejad correr a los niños, saturadlos de luz, equilibrad su sistema muscular y su sistema nervioso, dadles fuerza, armonía, movimiento y libertad.

Un niño no es un vientre, es un ave.

¿Queréis modelar la escuela?

No copiéis la cárcel; imitad al niño.

Por eso cuando los niños salen de las clases tienen una alegría vibrante, radiante, alucinada; gritan, saltan, trepan a los árboles, roban los nidos, apedrean los perros, corren, desaparecen, vuelan como pájaros que huyen de la jaula.

Vuelan? sí; la alegría tiene alas.

GUERRA JUNQUEIRO